

II

La mañana siguiente amaneció lluviosa. El cielo anubarrado dejaba caer, de rato en rato, finas gotas que parecían cristalizarse sobre las ramas de los arbustos que se inclinaban, retorcidas, junto á los muros. Nita abrió la ventana de la alcoba y dejó errar las pupilas por el campo, sintiendo algún alivio cuando rachas de aire helado refrescaron su rostro. Profundas ojeras se advertían en la leve palidez de sus mejillas, y el negro pelo encrespado, recogido desdeñosamente en la nuca, mostraba á las claras que poco ó ningún aliño había puesto en su persona, preocupada quizá por más graves pensamientos que los que de ordinario la movían á ser grata al amante.

Y era que su alma de amorosa, adormecida en un ensueño, despertaba á las primeras tristezas, poblándose de nieblas, como aquella mañana de Octubre que dijérase sonreía dolorosamente, envolviendo la llanura y las montañas lejanas en una claridad opalina.

Vibró la campana de la parroquia, llamando á misa. Nita reclinóse de codos en el antepecho, experimentando más y más aún la sensación de soledad y de aislamiento que de meses atrás venía sintiendo, y que desde la víspera se acrecentase. La armonía del campanario esparciéndose por el pueblo—en tal instante sumido en el silencio—, infundía paz en el ánimo de los creyentes; era un beso de resignación en la frente de los tristes. Pero la amante del poeta, perteneciente á nuevas generaciones saturadas de indiferencia, lejos de escuchar el son melódico á manera de dulce voz de esperanza, oíale como una queja prolongada y angustiosa.

Mauricio había cambiado; era otro. No reconocía Nita en sus besos fríos, en sus obligadas caricias, en su tenaz mutismo y en la aspereza de su genio, al Mauricio de antaño. Y la convicción plena de ello hubo de adquirirla de meses atrás, desde los tiempos ya distantes del éxito, cuando en su retiro, lejos de penetrar las comodidades, la holgura aneja á todo encumbramiento, continuó la dorada pobreza de antes; y el periodista, que escalase de pronto el mejor puesto en *El Siglo*, al contrario de la fidelidad y del cariño de otro tiempo, brindábala con cierto no confesado despego. Nunca hasta entonces Nita pensó en la pobreza. Práctica por excelencia, sabía acomodarse á todos los medios; y el amor era bastante para desvanecer á sus ojos las mil pequeñeces de la vida. Pero ahora, casi instintivamente, al observar que la pasión de los primeros días ibase helando, su natural malicia se despertaba, y no había detalle, por ínfimo que fuese, que pasara inadvertido á sus ojos.

La visión de una mujer se interponía entre ambos. ¿Cómo lo sabía? ¿Quién era la otra? Lo sabía por instinto; porque la mujer descubre la infidelidad en el calor del beso. No ignoraba los apuros económicos de él, su afán por ganar dinero, mucho dinero; afán que le apartaba de la labor literaria, y hacíale debatirse en las faenas periodísticas, amontonando crónica tras crónica, correspondencia tras correspondencia, para cuantas publicaciones solían pedirselas. El sombrero de Nita, viejo é incoloro, estaba sobre sus guedejas negras; su último traje, un vestidillo de merino azul, no fué sustituido por otro. Y ella no se rebeló contra la estrechez, no tuvo un reproche para la pobreza. Los restos de la herencia paterna, bien menguados por cierto después de la instalación en San Angel, en la que la muchacha hubo de hacer no pocas compras, desaparecieron un día en que Villaescusa, careciendo de frac para asistir á una fiesta, vióse en la necesidad de comprarlo. Ella le dió el importe con una sonrisa en los labios, bromeando contra su susceptibilidad, borrando á besos su rubor; pero dolorida en el fondo, porque comprendía, aunque vagamente,

que la indelicadeza masculina es un comienzo de desamor.

Con la penuria del poeta vinieron también las largas ausencias: noches pasadas de claro en claro; días interminables sin verle... Y Nita, desde su rincón, veía agrandarse en los horizontes de su existencia futura la silueta de aquella mujer desconocida, cuya fisonomía, cuyo cuerpo, cuya alma adquirieron, sin embargo, visos de realidad en su imaginación calenturienta. Ignoraba su nombre. Jamás Mauricio dejó traslucir su pasión, apenas naciente. Pero presentía su fuerza, el poder infinito que sobre ella, moza obscura y pobre, tenía para arrebatarse á su amante. Y aquella misma ignorancia acrecentaba sus celos, devorados en silencio. Sintiendo-se quererle con ardimiento, absteniase de proferir una palabra alusiva, de provocar una escena, temerosa de que el hilo de oro que aun les uniera se rompiese.

Lentamente arreció el aguacero. Desaparecía la llanura en una polvareda de lluvia. Gruesos goterones cayeron sobre la ventana, empapándola. Pero ella continuaba ahí, inmóvil, insensible á las ráfagas que como saetas punzaban sus carnes. Una arruga de sufrimiento contraía su frente... Y pasaron las horas. Había perdido la noción de ellas, en pleno combate interno. Y cesó la lluvia: por un instante, débiles rayos de sol rasgaron el peplo gris. Las hojas brillantáronse, temblando, al recibir la tibia caricia. Mas luego las nubes volvieron á cerrarse, y tornó la llovizna á encharcar el campo, el campo en silencio, penumbroso...

Nita entró en las habitaciones, pensando que Mauricio presto llegaría. Era la una. Instintivamente detúvose ante el espejo. La despedida hosca del poeta, por la mañana; su apresuramiento; aquella intranquilidad, que apenas si le permitiera mirarla, decirle una palabra siquiera, infundíala ahora un terror vago. Temía ser menos bella que antes; haber perdido el encanto del pasado; ser inútil ya para la lucha que en breve habría de entablarse. Cuando en la gran luna biselada del armario se dibujó su figura atrayente, grácil, de los tobillos á la cabeza, hubo de notar que había enflaquecido

algo. Estaba más pálida, sus ojos, en torno á los cuales insinuábase un livor tenue, eran más tristes. Y al ver su desaliño, la negra cabellera apelonada al desgaire y la blusita rota en las mangas, sin un listón, sin una nota de color, sintió resurgir el anhelo de ser bella; aquel instinto de ingenua coquetería que en su adolescencia arrancara sonrisas al rostro severo de papá y más tarde cautivase á Mauricio.

Rápidamente atavióse con sus mejores galas. ¡Eran tan pobres! Se puso la falda negra de casimir, que bajo de la gruesa tela encerraba la finura de sus caderas; la blusa de rosa pálido, de seda transparente; el collar de perlas falsas, que destacaba sus delicadas irisaciones sobre el cutis. Y sus cabellos negrísimos, que de intento dejara en desorden, aprisionaron los últimos claveles que halló en las macetas del corredor. Fué á la cocina; dió prisa á Moni; puso la mesa con manteles nuevos, y en un jarrón, junto al cubierto de él, manojos de flores. La otra, la desconocida, sería más aristocrática, pero no más linda; posible era que su morada encerrase riquezas, pero nunca lograría aventajar á este gracioso nido en sencillos encantos. Veíase animada, dichosa, sin saber por qué, y cuando escuchó los pasos de Villaescusa en la escalera, hubo de salir, palmo-teando:

—¡Mauricio! ¡Mauricio!

El se detuvo, sorprendido, dulcificando un poco la tristeza de su semblante, y la abrazó.

—¡Oh, Nita!...

Pero ni una palabra más. No advirtió su guapeza, ni el encanto de su cabellera rizosa realzada por el rojo de los claveles, ni el mirar de sus pupilas, en las cuales, sobre un fondo imperceptible de amargura, fulguraba un ansia de amor.

—Vengo muy cansado, fatigadísimo... ¡He trabajado tanto!

A menudo quejábase del trabajo. No era ya el laborador que desconocía la fatiga. Laxo, aburrido, manejaba la pluma de manera casi mecánica. Miró en derredor; fué al estudio, seguido de Nita, y ni siquiera reparó

en las flores; entró en el comedorcillo, púsose la servilleta, desmenuzó el pan.

Ella dijo, reprimiendo un suspiro:

—Moni, trae la sopa.

Vino la fresca maritornes, con el cacharro de blanca porcelana humeante, muy peripuesta, muy aseadita, como que pronto se casaría. Sonrió á Villaescusa. Buenos días. ¿Estaba bien el señor? ¿Había mucho que hacer en la redacción?

—Mucho, Moni, mucho...

No fué grande su sorpresa al escuchar la respuesta seca, indiferente. Limitóse á hacer un guiño á su ama, con aire de inteligencia, y salió.

Comieron. Una claridad lívida, temblorosa, se filtraba por la ventana. Afuera seguía lloviendo. Dentro oíase el tintineo de los cubiertos al chocar, entrecortado á veces por una frase banal. La doméstica canturreaba en la cocina... Nita, de vez en cuando, solía examinar á Mauricio de reojo, sin decir palabra. No sentía apetencia, y sin embargo, llevábase el bocado á los labios, en los cuales una amargura de acíbar tornábalo más amargo aún. Al ver aquella cabeza inclinada sobre el plato, aquel hombre silencioso, aquellas manos que, cuando dejaban el tenedor sobre el mantel, caían en una inercia acusadora del fastidio, sutil vapor de lágrimas empañaba sus ojos, y volvíalos hacia los cristales herméticamente cerrados, hacia el cielo plúmbeo, reprimiendo á duras penas el llanto que borboteaba en su pecho, la tristeza que muy luego la sobrecogiera ansiando deshacerse, salir á flor de párpado, romper la cavidad estrecha que la comprimía. Mas era amorosa, y por lo tanto, fuerte. No ignoraba que el dolor es la cadena menos grata para retener las ilusiones que se van. Y calló, y tuvo la energía necesaria para contenerse.

—¡Qué tiempo!...—murmuró Villaescusa entre sorbo y sorbo de café—. Es un martirio. ¡Si al menos viviéramos en México!

No respondió Nita al instante. Poco después, con voz incierta, como si se hubiera sumido en sus cavilaciones, dijo:

—Si vivimos aquí es porque tú quieres. Fácil es remediarlo, sin embargo.

Villaescusa hubo de irritarse y caer en uno de aquellos arrebatos, ahora tan frecuentes, propios de sus nervios excitados por el sobresalto constante en que vivía.

—¡Cómo! ¿Es que ya no puedo quejarme del tiempo? ¡Pues estamos lucidos! ¿De manera que tú te empeñas en que estos pueblos de veraneo me gusten todo el año, y en ellos encuentre alegría, tranquilidad, belleza?...

Súbitamente había enrojecido. Manoteaba, articulando sus frases con bronco acento, dándose cuenta él mismo del odio que se pintaba en sus facciones, contraídas por la rabia. ¡No; francamente, Nita iba cogiendo un geniecito insoportable! Se empeñaba, en cosas nimias, en llevarle la contraria, en hacerle aborrecible la vida, en no dejarle trabajar, embarullándole el cerebro con sus reyertas. ¡Aquello no podía continuar, no, de ninguna manera! Y sólo comprendió la brutalidad, la estupidez de su cólera, cuando ella, mirándole con una mirada en que hartó de compasión y humildad había, musitó:

—¿Pero por qué reñir, Mauricio? ¿Por qué convertir en motivo de enojo una charla tan sencilla?

Inclinó la frente, avergonzado. Algo en su interior decía que había hecho daño, que era injusto, que pisoteaba aquella alma, que no por falta de amor debía de serle menos cara. Y una oleada de ternura brotó súbitamente de su pecho torturado, oprimido, inquieto. Reverdecía el amor á la musa de los pasados tiempos. Iba á sincerarse, á pedirle que le perdonara. Pero la visión de la otra, de la amada de hoy, se le apareció sonriendo y le hizo absorberse en el silencio. Cuando alzó el rostro, hubo de sorprender á Nita, que enjugaba con el pañuelo una furtiva lágrima.

—¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

Ella escondió la faz entre las manos, y dijo:

—No; no lloro...

Y se fué corriendo.

Mauricio permaneció aturdido, no sabiendo qué hacer. La evocación de María Luisa habíale despojado

casi totalmente de aquel amor, que tenía repentinos despertares: ¡tan arraigado, tan hondo había sido! Pero una ternura compasiva le poseía; aquellas lágrimas conmovían su corazón de hombre y de poeta. Y se puso en pie; vacilante, hubo de ir en pos de ella. Vacío estaba el cuarto inmediato; solitaria la alcoba. Al penetrar en el estudio, vió á Nita, convulsionada por los sollozos, que se reclinaba en un rincón, sobre el estante. No dijo una palabra de pronto. Aquellas lágrimas, que en otro tiempo le hubiesen puesto fuera de sí, producíanle ahora una emoción de tristeza compasiva. Comprendía que causaba daño, aunque sin quererlo, movido por sentimientos de cuya existencia no era él culpable. Y es por eso por lo que, junto á la gran pasión que germinaba, transformábase en cariño fraternal, apacible, sin arranques, su primer amor.

Fué hacia ella. La besó en los labios, en las sienes, en la nuca, en los párpados humedecidos; díjola cuantas palabras de consuelo pudo inventar; la reprochó sus nerviosismos excesivos, sin preguntarla por cierto la causa de su pena; suponiéndola, admitiéndola sin discutirla ni refutarla. Y tal fué la perfección de su mímica y el acento de sinceridad de sus palabras, que él mismo, para sus adentros, admiróse sorprendido; y la musa, que en medio de su innata malicia y á pesar de su sensibilidad sutil, que la otorgaba el don del presentimiento, no dejaba de ser ingenua, lo creyó por un instante.

—No, Mauricio, no seas así; no dejes de quererme, no me olvides. Mira que tú eres lo único que tengo. Sin ti, ¿qué haría; cómo vivir?—murmuraba, abrazándole, enredando entre sus dedos los rizos de su cabello rubio.

Su voz, después del llanto, era entrecortada y dulce. La sentía palpar, conmovida aún por los últimos sollozos. Y aquel estremecimiento de la carne de ella junto á su carne, aquella embriaguez de amor que emanaba de sus grandes ojos, de su boca insaciable de caricias, de su pecho agitado por la respiración anhelosa, de sus manos que no se cansaran de prodigarle mimos, envolvía al poeta, le dominaba, haciéndole revivir el pasado y despertando sensaciones que él creyese muertas.

Allá, en el campo, seguía la lluvia, bajo el cielo entoldado. Densos nubarrones avanzaban por el horizonte amontonándose, mugientes, inmensos como montañas. Ni un ruido, como no fuese el del agua, penetraba por la ventana abierta. Pero Nita experimentaba entonces, en el rincón del estudio, al amparo de la Venus blanca, hundida en el diván, los brazos echados al cuello de su poeta, calor de sol, la alegría riente de la primavera ida. Desaparecido el dolor, tornaba á ser la chicuela traviesa de antes. Desplegó cuantos encantos imaginara; deslumbró á Mauricio con todas las ternuras, con todos los refinamientos, con todas las caricias triunfadoras. Emprendía con denuedo la campaña. Era el suyo un combate rudo, sin vacilaciones; el combate que emprendiese contra un enemigo desconocido, y por lo mismo, terrible.

Villaescusa parecía encantado. Abandonábase lentamente á la conquista. Y victoriosa fué la sonrisa de Nita, cuando, al caer la tarde, le preguntó: «¿Vas á la redacción?»; y él respondió: «Prefiero quedarme contigo.»

No fué perdurable, empero, aquella dicha. Pasó Octubre. La campiña vistióse lentamente de oro; de los árboles comenzaron á caer las primeras hojas; los pétalos de las rosas amarillearon... La primavera se había marchado con las golondrinas que meses antes colgaran sus nidos en las cornisas ennegrecidas de la vieja quinta, y que desaparecieron piando, con aleteo medroso, hacia el Sur. Sólo quedaban los crepúsculos, largos, pálidos, de suaves coloraciones de violeta, que estremecían el poniente. Nita les contemplaba desde el corredor, con los párpados entreabiertos, reclinada en el sofá, sin leer, sin bordar, poseída de invencible laxitud, como si la certeza de su derrota la fuera robando poco á poco sus antiguas coqueterías, sus viejos gustos, la sonrisa que vagara siempre por sus labios. Había enflaquecido mucho; en sus sienes, á través del fino cutis, entrevíanse las venas de un azul desvanecido; constantemente sus ojos aparecían circundados por una pincelada de sombra; y sus manos, de graciosos hoyuelos, antaño regordetas, adelgazábanse.

Por aquel entonces aplanábala una infinita pereza. Había perdido casi su afición á encantarle todo mediante el adorno modesto, el listón puesto aquí, acá el cuadrito de dorado marco, acullá el tiesto de flores fragantes. Los peces de colores habían muerto; las macetas secábanse, faltas del halago bienhechor del agua. Carecían los muebles de la antigua gracia, tan seductora á los ojos del artista. El polvo les iba cubriendo poco á poco, conquistádoles palmo á palmo, como cosas inútiles que, al morir el amor de su dueña, del que eran fiel trasunto, debían morir también.

Y era lo peor que ni siquiera Moni se ocupaba de ellos. Su fino olfato de provinciana egoísta hacíala vislumbrar que aquel hogar adonde ingresara casi niña, iba á desaparecer. Y puesto que con él desaparecería quizás su ama, la criadita entregábase con mayores ímpetus á sus relaciones con Toribio, el mocetón de la huerta. Ella no serviría más de doméstica, no señor. Así lo había dicho á las criadas de la vecindad, cuando iba por agua á la fuente próxima. Y éstas comprobaban tal aserto, envidiosillas las unas, satisfechas muy pocas, al ver el auge cada día mayor de la amistad de la tapatía con los Requenás, madre é hijo, los cuales acogíanla ya en su huerta, cuando de visita iba, con la solicitud desusada en las suegras y el amor rendido de los novios casaderos. Allá, entre coles y lechugas, á la sombra de los duraznos, pasábase Moni buena parte del día. Y no era su ama dueña de decírla la más insignificante palabra de reproche, porque la avisada maritornes, que comenzara por gruñir sordas respuestas, acabó por amenazarla con largarse noramala. ¡No la pagaban con puntualidad! ¡No se la vestía! ¿Por qué matarla á desazonas?

Nita acabó por despedirla. Aquella moza la recordaba días felices, y hubiese querido retenerla, como se retiene en horas amargas lo que parece guardar un parentesco espiritual con la dicha. Pero era imposible ya. Vislumbraba que el vacío íbase haciendo en torno. Convencida de su debilidad para impedirlo, sumíase lentamente en una de esas sombrías congojas que roban

el gusto y transforman casi de súbito el carácter. No dejaba escapar una queja; vez hubo en que no cambiase una palabra con Mauricio. En lo cual no reparó casi el poeta, embebido como se hallaba en aquella pasión, que adquiriese proporciones mayores á medida del tiempo. Era como un fantasma que pasara sin inmutarse por el retiro que olía á ruina. Y si acaso alguna ocasión se estremeció al recibir un callado beso de la chica, ó cuando por las noches abrazaba su cuerpo desnudo, pensando en la otra, eran esas sensaciones que se borraban presto.

Atraído por María Luisa, al mismo tiempo que repellido por Nita, cuya sola presencia le escocía y cuyo drama interior no ignoraba, hubo de decidirse por frecuentar lo menos posible su propia casa. Trabajaba rudamente en la redacción, para olvidarse de la pena que le roía, no pensando más que en el momento de visitar la regia morada de los Zayas, el estudio donde ella solía entregársele en largas charlas. María Luisa acabó por llenar su vida y su cerebro. Sólo en ella pensaba; sólo para ella vivía. En las oficinas de *El Siglo* empezaron los compañeros á murmurar, en son de burla unos, aduándole otros. Hasta Julio Eslava, que, sabedor del estado actual de aquel hogar del que fuese padrino, compadece á Nita, sin atreverse á verla y consolarla, pescóle cierta tarde en la calle, y tuvo con él una conversación que casi degeneró en disputa.

Y esto constituía su peor tortura. Ante el público era el novio, el prometido, mejor dicho, de María Luisa, sin serlo. La joven tan pronto tenía para él las delicadas atenciones de la enamorada, como las asperezas de la mujer de alta posición social que mira con desdén á los de abajo. Por lo demás, no dejó de vislumbrar lo intangible de su sueño. Aunque no carecía de nombre, era pobre, y con la pobreza no transigía el director de *El Siglo*, así lo matasen. Ser rico; poseer el oro á carretadas; hundirse en la opulencia; conquistar el poderío que sólo otorga la fortuna: he ahí su sueño, el sueño torturador que le embrutecía cuando garrapateaba cuartillas y cuartillas, destinadas á periódicos provincianos, para subvenir así á sus fuertes gastos.

Los sinsabores sufridos en el diario comercio con la señorita Zayas, así como la rudeza de la faena á la cual se sometiera, tornáronle más áspero cada día. Breve de palabra y agrio de gesto era en su hogar, así como dulce y amable en la mansión de la otra. Y la brusquedad misma de su genio transformó el de Nita. Menudearon las reyertas, largas horas de odio en que ninguno de los dos hablaba; horas negras que se resolvían siempre en lágrimas de ella, en dolorosas humillaciones, en abrazos torturadores, frenéticos, en los cuales pusiera todo su amor y toda su fuerza, como si esto fuese bastante para retener el corazón que se iba. Y al ver que tales escenas reanudábanse diariamente, á manera de eslabones de una gran cadena que les amarrase al dolor, la pobre musa caía en desesperaciones horribles, lloraba días enteros en el estudio, entonces solitario; en aquel estudio, teatro de los grandes momentos de su vida; en aquel estudio donde se enlazaron el amor y el arte estrechamente, y en el cual sólo quedaban ella, la ilusión sin esperanza, y la Venus, la belleza fría, sin carne, sin palabras, sin vida.

Cuando llegó Noviembre, Nita hubo de encerrarse en total aislamiento. La Naturaleza parecía muerta. Habían callado los pájaros en el corredor. Erguíanse escuetos en la desolación del campo los árboles de secos ramajes. Las mañanas eran pálidas y nebulosas. Hacía frío, un frío glacial, intenso, que penetraba en las carnes. Nita contemplaba la inmensa llanura, poseída de congoja inexplicable. Los cristales, empañados por un vaho de humedad, desvanecían el paisaje. Nita solía acercar el índice á ellos, y trazaba sobre el helado vidrio el nombre del poeta, en gruesos caracteres que pronto volvían á opacarse. A veces, cuando el pensamiento de la traición de Mauricio obsesionábala, escribía, en vez del nombre adorado, otros muchos de mujer, examinándoles atentamente, interrogadora, como si quisiera arrancar la confesión á aquellas letras mudas, que se esfumaban en el vaporcillo de la tierra.

Pero nada adivinó.

Un día, sin embargo, habiendo sorprendido la vis-

pera en manos de Mauricio una tarjeta de la hija del director, en que le invitase á cenar para la noche próxima, y vislumbrado un fulgor de alegría en los ojos del novelista, escribió en menudos caracteres un nombre que hasta entonces nada le dijera; pero que en tal instante, uniendo hechos aislados, decires sin importancia, recuerdos de la vida literaria de Villaescusa, despertaba en su ánimo el presentimiento, casi la certeza de la verdad. Permaneció alelada, extática, delectándole entre dientes; un sudor frío empapaba sus sienes.

—María Luisa... María Luisa...—repetía con los ojos muy abiertos, fijos en el cristal.

Y á medida que pronunciaba tal nombre, el velo de misterio desgarrábase en jirones.

¡Habíala creído tan alta, tan por encima de Mauricio, que nunca llegó á sospechar! Ahora, escudriñándose á sí misma, palpaba la posibilidad de que fuera la hija de don Luis Zayas la rival temida. Pensó en su propio deslumbramiento ante el éxito literario de su amante; en la atracción subyugadora que ejerciera sobre ella el talento, y supuso, no sin razón, que la señorita Zayas se encontrase en idéntico caso. Luego acordóse de un artículo que el novelista dedicara á María Luisa; de alusiones entrevistas en sus crónicas, que antaño la parecían oscuras y hoy claras como la luz; se acordó también de que Mauricio se había criado en un ambiente aristocrático y de que era hermoso, con varonil hermosura, cosas ambas capaces de llamar la atención de cualquier mujer.

Mirando al cristal, los ojos se la llenaron de lágrimas. No comió ni durmió aquel día, intentando con ojeadas escrutadoras leer en los siguientes el pensamiento oculto de Mauricio. Semanas más tarde, no pudo más y habló, seca y friamente, al terminar una reyerta. Villaescusa, al escucharla, sonrojóse; un temblorcillo nervioso sacudió sus mostachos rubios. Mas reponiéndose hubo de reír, murmurando con acento que ella no supo si era de rencor ó de lástima:

—¡Bah! Eres tonta...

Atarazada por la pena, debatiéndose ya en el rudo

combate de los celos, su vida tenía la inconsciencia de la de los sonámbulos. Así hubo de advertirlo la familia del boticario, para la cual no pasaban en silencio sus desazones, y procuró aliviar tales desdichas. Riñóla don Alejo, llamándola esquiva; Jacobina reclamó su asistencia á «los jueves», que continuaban cada día en mayor auge, y Nela tuvo para ella una palabra de reproche. Acusábala de no quererla ya.

Algo había cambiado la casa del boticario en el transcurso de un año. Con la vejez y los achaques parecían entrarle al bueno del viejo imperiosos deseos de descubrir nuevas drogas, y nadie era capaz de sacarle del laboratorio, donde pasaba buena parte del día, consagrando sólo algunas horas al hogar, razón por la cual apenas se dió cuenta de aquel intruso de teniente, que se tornase en breve tiempo novio de Lupe. Juanito, cada vez más taciturno, había enflaquecido. Perdió su afición al trabajo; casi no hablaba, como no fuese para decir sandeces, cual si viviera en el limbo. Sólo Jacobina, en la vieja farmacia, hubo de conservar su perenne alegría, aquella conformidad con los hechos de su insignificante vida. Procuraba arrancar á su padre de las garras de la faena excesiva, y solía consolar al mancebo, diciéndole:

—No tengas pena, Juanito. Quizás ella llegue á quererte. Y si no... ¡hay tantas!

A lo cual replicaba él moviendo la cabeza tristemente, ó mostrando á Gustavo Arenas, cuando por las tardes pasaba frente al establecimiento. En ocasiones, suspirando, lamentábase de aquel baile al que concurrían invitados por el capitán Toro, y en el cual trabasen amistad con Arenas. Y mientras el drama desenvolvíase lento en su alma simple, allá en la casa ruinosa germinaban amores. Lupe era otra. Nadie reconocía á la morena soñadora, silenciosa, que domeñaba la fogosidad de sus pasiones encerrándose en una indiferencia total, en esta otra chica alegre, reidora, bullanguera. Ya no brotaban del piano las lamentaciones suaves de Chopín, ni vibraban, esparciéndose en el jardín, las quietas melodías de los clásicos. Valses arrebatadores, de moda entonces, les sustituían: *Quand l'amour meurt*, *Nuages*

roses... Acaso, cuando una sombra de pesar anublaba sus días, tocara *Sobre el Danubio azul*, la vieja pieza de Strauss; pero los maestros habían desaparecido del todo. Dijérase que la muchacha, al ceñir sus ilusiones á un anhelo amoroso, quería olvidarse del pasado, cuyo hastío dulcificaba ejecutándoles. Veíase ahora más bonita; gustaba de emperifollarse; charlaba y reía mucho, y no había flor hermosa en el jardín que no se hallara luego prendida en la mata negrísima de su pelo. Asimismo era más afable, más expansiva que antes. Nela, que la oía cantar á solas y adivinaba la causa de su regocijo, se hubiera sentido completamente dichosa á no ser por la morriña de Juanito.

Nita dejóse convencer al fin por las razones de don Alejo, y rompiendo la cárcel de su aislamiento atenuó sus pesares con dulces charlas susurradas casi junto á Nela, al atardecer, bajo los árboles saturados del aroma del otoño. Con Lupe hablaba poco. Sentía de modo inconsciente cierta repulsión hacia aquella triunfadora en amor. Y en tanto la morena, sentada á la ventana, escudriñaba la calle con los ojos en busca de una sombra que lanzara destellos de galones, la musa y la ciega quedábanse inmóviles en el jardín, indiferentes al cierzo helado que comenzaba á soplar, y apartando á veces las hojas secas que caían sobre sus faldas con imperceptible murmullo.

—¿Crees, Nita, que él sea su novio ya?

—¡Quién sabe!

—Pues me parece que sí. Mira: Lupe está contenta como nunca; hasta bromea. Y él... A mí se me figura que viene todas las noches.

No respondía, absorta.

—¡Felices ellos! Es muy hermoso que dos gentes se quieran, ¿verdad?

—Sí, pero á veces no es bueno.

—¿Por qué?

—¡Psch! Por tantas cosas...

Luego callaban por largos instantes. En el cielo aparecían las primeras estrellas.

Nela murmuraba:

—¿Y se casarán?

—Cuenta es de ellos.

—Voy á quedarme sola, sola...

—Pero después agregaba:

—Con tal de que Juanito no estuviera así... No te imaginas lo que eso me aflige. Antes era muy bueno; me quería mucho; estaba conmigo. Ahora...

Y su voz trémula se apagaba en los labios con un susurro tan leve como el de las hojas; y Nita, estremecida ante la inocente tristeza, decía:

—¿Quieres mucho á Juanito?

—Sí. Cuando vino de su pueblo, era yo muy pequeña. Me cogía en brazos; me decía cómo eran la luz y las gentes; me besaba... Le tengo mucha lástima. Es un pobre chico.

Nita insistía, entreviendo una pasión ingenua en sus palabras:

—¿Pero le quieres mucho?... ¿Cómo le quieres?

—¡Oh! mucho, mucho... No tanto como á papá; pero sí como á mis hermanas.

Y nuevamente permanecían en silencio, hasta que la musa, bien desolada aún con las ajenas congojas añadidas á las propias, remontaba la escalera con el propósito no bien definido de ir á disponer la cena.

Una tarde fué á despedirse de ella Julio Eslava. Volvía á España, después de cinco años de ausencia.

Nita le recibió en el estudio, ignorante de la causa que le trajera. El periodista fijóse discretamente en la palidez amarillada de su rostro; en la sombra de sus ojos; en aquel casi imperceptible desaliño de su persona, revelador de una crisis. Iba risueño, como el que va á dar el último apretón de manos á una persona amada y no quiere llevarse de ella dolorosas impresiones postreras, sino el encanto de una sonrisa; pero se desconcertó al ver á la muchacha, tan distinta de como antaño la conociera, y la casa, el nido, que olía á miseria, en total abandono.

—¡Oh, qué milagro, Julio!—dijo ella tendiéndole las manos.

—No, no es milagro. Ya sabe, mi amiga, cuánto la estimo. En pensamiento, siempre estoy aquí.

Franquearon la puerta de la habitación un tanto ensombrecida por la tenue luz de la tarde. Sentáronse, ella en el diván; Eslava en un sillón, no lejos. Advirtió el diarista en la mesa de trabajo de su amigo el mismo lamentable desamparo de la casa: las plumas, enmohecidas, yacían inmóviles sobre el tintero. Cuartillas, periódicos y libros en confusión, veíanse sobre la negra carpeta. En el jarrón de porcelana se hallaban aún flores marchitas. Ninguno de los dos habló, al principio, absortos, ensimismados ambos en la meditación de parecida idea. Al cabo, el joven interrogó, con obligado gesto jovial, haciendo tintinear la cadena de su reloj:

—¿Y Mauricio?

Nita alzó la frente.

—Bien. No acostumbra venir ya á estas horas...

Nada quiso de intento expresar con semejantes palabras, tocante á su estado de alma. Pero el tono en que las dijo, la sencillez misma de ellas y la tristeza de sus miradas, lo revelaron todo. Julio calló, no obstante, por discreción y por lástima; y no agregó la musa cosa alguna, porque en sus adentros experimentaba un terror inmenso ante la confirmación de sus sospechas.

—Le he visto algunas veces... Parece que nuestra amistad se ha enfriado un poco.

Y continuaron hablando de asuntos frívolos, procurando esquivar los temas serios, midiendo el alcance de sus palabras. Anocheció. Nita se puso en pie, á fin de encender la lámpara.

—¿Pero, no está la criada?

Nita sonrió.

—La he despedido ya... ¿No lo sabía usted? Moni se casa.

Al suave resplandor, el cuarto parecía más sombrío y la palidez de Nita más intensa. Con el corazón oprimido, sintiendo que aquel ambiente de dolor le transformaba, borrando casi el matiz alegre de su genio, Ju-